



MADRILEÑA

MADRID! ¡Si será tu vida positiva, que ni siquiera das materia para una revista semanal!

Prescindamos de los timos, de los petardos, de los cocheros que faltan á los rudimentos de la educación... y Madrid es un inmenso *burgués*, un péndulo, cualquier cosa de regulares movimientos, fría, cansada, sin peripecias ni cambios.

Madrid se levanta tarde, se hace la *toilette* tarde también, y mal; los barrenderos hacen que el polvo suba á las nubes en holocausto al ayuntamiento, que les deja dormir la mañana. La escoba es el incensario, el polvo el incienso. Las criadas sacuden las alfombras en los balcones, y las nubes polvorientas descienden entonces de las alturas á posarse, como un rocío, sobre el fieltro de los sombreros que en vano limpia cada día el hacendoso transeunte.

¿Y por qué se levanta Madrid tan tarde? ¡Ah! Porque de noche se divierte.

Vela para hacerse cada vez más instruído, haciendo la luz en los cafés por medio de la discusión y del ladrillo molido que se le sirve en calidad de moka. Y además, se instruye en los teatritos, donde nunca falta un toro de la escuela realista pura, vamos, un toro de puntas que sale á la plaza, al escenario, y representa concienzudamente su papel de protagonista.

Pero sobre todo, las discusiones. Se discute si Sagasta tiene más correa que Romero Robledo, si Navarro Rodrigo se ganó la cartera ó no con su discurso de tres días...; se discute todo lo que no le importa á nadie, y en esto se invierten horas y horas; y ¡claro! al día siguiente, ¿cómo levantarse temprano?

Después Madrid almuerza, y almuerza mal, porque sus ocupaciones no le permiten pensar en la mejora de sus alimentos. ¿Qué entiende Madrid, ese señorito, de policía, agricultura, trasportes, etc., etc.? Se envenena con el chocolate, se envenena con el café, se envenena con el vino, y en vez de poner remedio á tamaños males, conviértelos en *couplet* de zarzuela, y va á los teatros á ver al alcalde en caricatura, y á ver cómo un Mario del teatro de Eslava se burla del Municipio y del soconusco adulterado, y del caracolillo falsificado y del vino fuchinado, y de cuantas plagas Dios manda sobre la coronada villa. Sí: Madrid pone en copla todas sus desventuras y no piensa en remediarlas, y así está él

de flacucho, pálido, macilento, podrido en esta atmósfera compuesta de humo de gas y de petróleo, y de tabaco *deletéreo*, de todos los malos humos y pésimos humores que son el natural ambiente de esta existencia pobre y necia, que tiene los vicios de la que se lleva en las grandes capitales, y la miseria y el aburrimiento de la que se tiene en los pueblos pequeños y atrasados.

Ése es el Madrid de que hay que hablar en las revistas de la corte.

¿Hay otro Madrid? Claro; pero el que suena, el que brilla, es ése. La gran señora va todas las tardes al Retiro á ponerse á la disposición de la Guardia civil de caballería que no deja á los caballos de la gran señora dar un paso más largo que otro; de noche la gran señora va al Real á someterse al gusto dictatorial del paraíso, á aburrirse oyendo óperas que ha oído mil veces sin escucharlas nunca; después, al baile en que ha perdido el color, la carne, la salud, el sueño, las ilusiones, tal vez la honra, á ver las mismas caras siempre, para sonreírlas como siempre, y maldecirlas por detrás como ha hecho toda la vida.

Y la señora pobre, y la chula, van al café, y luego á Eslava á ver la miseria ajena, que, como la propia, se distrae con el espectáculo de la miseria general disfrazada. ¡Oh, la alegría de Madrid! ¡Qué cosa tan triste! Rostros pálidos, ojos hundidos, parálisis del gusto en rostros embrutecidos por la repetición de las mal-

sanas sensaciones, siempre buscadas para el placer y sin llevar jamás al alma una gota de alegría.....

—

Lector, amas la naturaleza, buscas sus efluvios... la vidadel Oso te abruma... quicres salir al campo.... ¡Ay! Madrid no tiene campo. Pelados terrones por un lado, por otro un río hidrópico, por otro praderas sin prado, sin césped... sed y hambre y fatiga en la llanura: el desierto á la puerta de la calle. Madrid es un oasis del Municipio.

Vuélvete á la Puerta del Sol y... mira al cielo. Es de noche: las estrellas, las mismas estrellas de tu pueblo (porque es de suponer que no eres del hemisferio austral) brillan en lo alto; esa parte del paisaje es la misma que veías en tu tierra, la misma constelación, el mismo lucero... la luz zodiacal en el mismo sitio... la Osa... ¡Desgraciado lector! Por mirar á las estrellas has olvidado el tranvía que acaba de derribarte, atropellarte y romperte las piernas... Eso debe advertirnos á los provincianos que en Madrid es el cielo un alumbrado público y nada más; aquí la poesía astronómica es incompatible con el tránsito público.

Mirar al cielo en Madrid, es quedarse rezagado, es soñar, es ser un *lila*, como dicen aquí.

Aquí no hay cielo que valga. De la iglesia todavía

se acuerdan algunos, para explotarla; del cielo nadie se acuerda para nada...

Castelar quiso recordarlo el otro día, casi lloraba hablando de él... y el señor Villaverde, ese átomo político-administrativo, se sonreía... y pensaba probablemente: ¡Cuánto más hombre político soy yo, cuánto más parlamentario...!

Aquí sólo se piensa en un cielo... el cielo de la boca.



NOUGUÉS Y EL REY

EL mismo día que supe, con todos los detalles que quiso darme Mencheta, la muerte de D. Alfonso XII, y á poco rato de enterarme de esta desgracia, leí en un suelto de un periódico aquello de que Villaverde había mandado entregar 250 pesetas á la familia de Pablo Nougués para pagar los gastos ocasionados, decía el papel, por la grave enfermedad del antiguo publicista.

Y añadía el periódico, como quien no dice nada:

«El Sr. Nougués dejó ayer de existir.»

Por lo visto, á ese periódico le corría más prisa dar cuenta de los mil reales de generosidad del Sr. Villaverde, que de la muerte de mi querido amigo y compañero el infortunado Nougués.

El mismo diario, rodeado de barras negras, como quien da á entender que á él no le entran moscas, trataba de convencernos de que dolor comparable al suyo no le había, en vista del fallecimiento de D. Alfonso XII.

Dudo yo que el dolor que Mencheta manifestó ya desde El Pardo, y á raíz del triste suceso, sea menor que el de *La Época*; pero, en fin, allá ellos. Creo, sin embargo, que el dolor incomparable de *La Época* ha de ser más duradero que el de Mencheta, aunque éste llamase al suyo inefable, ó cosa así. Pero, amigo, Mencheta viaja mucho, y ya se sabe que para aliviar el dolor no hay como los viajes. Además, Mencheta es de *La Correspondencia*, que siempre está en el poder, y *La Época*, ¡infeliz! tiene para rato... de dolor y de ayuno.

Por lo que á mí toca, y en cuanto un republicano puede hablar de estas cosas, me inspiran más compasión que *La Época* y el Sr. Mencheta, doña Isabel II, que se queda sin hijo, la esposa, que se queda sin marido, y las infantas Mercedes y su hermanita (cuyo nombre no recuerdo), que se quedan sin padre.

—

¿Y por qué negarlo? Más efecto que la muerte del hombre feliz, me causa la del hombre desgraciado.

No entiendo las cosas como Bossuet. El Águila de Meaux sacaba sus efectos oratorios del contraste de una vida opulenta y rodeada de alegría y grandeza con la muerte fría, desengañada, igual para todos. Como recurso retórico, está bien. Pero, pensándolo mejor, ¿no libra menos mal el que aquí lo pasa bien? En el morir

todos somos iguales, corriente; pero el que ha vivido con un poco más de desahogo, esa ventaja lleva.

Además, es natural que nos impresione más la suerte triste que nosotros podemos correr, que aquella que de fijo no ha de ser la nuestra. Se muere un Rey á pesar de su grandeza. Bueno; es decir, malo; pero los que deben experimentar más fuerte impresión son los demás Reyes, pensando que á ellos les va á suceder lo mismo: pasar del trono al sepulcro, suponiendo lo mejor. Pero á mí y á Mencheta, que de fijo no hemos de ser nunca Reyes, debe impresionarnos más la muerte de un periodista que se va de este mundo sin haber sido siquiera Villaverde y sin pagar la cuenta de la botica, v. gr., sino merced á una limosna anunciada en los periódicos.

Esto, esto es lo que nos puede suceder á Mencheta y á mí, y lo que debe ponernos el cuerpo como carne de gallina.

—

Yo fui compañero de Nogués en su última campaña periodística en *El Progreso*. El Sr. Mencheta le habrá visto también mil y mil veces, en las reuniones de los periodistas, si bien Nogués no solía ir donde guisaban, y Mencheta, en buen hora lo diga, no pierde bocado; pero, en fin, de fijo le conocería.

Pues dígame el Sr. Mencheta si no se le ocurre lo

que á mí; la suerte de ese compañero puede llegar á ser la mía.

En cambio sería absurdo pensar que podamos morirnos como el Rey.

—
¡Ah, periodistas, periodistas! Abrid los ojos y ved, abrid los oídos—digámoslo así—y oid...

Un periodista notable, de la aristocracia de la clase, muere ciego á fuerza de trabajar... y Villaverde—que ve más que un lince—¡le manda 250 pesetas á la familia de Nougés, y lo sabe el mundo entero!

Si yo fuera Bossuet, encontraría más enseñanza en esto que en lo otro.

—
Verdad es que, según *La Época*, ¡siempre *La Época*! Nougés fué pobre porque quiso. Dice el periódico de la calle de..... (no sé la calle), en fin, dice *La Época*; Nougés descuidaba los intereses materiales y prosaicos.

No hay que echar la culpa á nadie de su pobreza, por consiguiente.

Lo que viene á decir *La Época*, en cobre, es que si hubiera sido conservador, otro gallo le cantara.

Y es la verdad.

Pero amigo, fué liberal, demócrata, republicano, es decir, descuidó los intereses prosaicos y materiales, y murió sin dinero para pagar el entierro.

Y vino Villaverde, que no descuida los intereses en prosa ni en verso, y sacó de su bolsillo particular 250 pesetas y las mandó á *La Correspondencia*, digo, no, las mandó á la familia del finado.

Y aun á Villaverde hay que agradecerle eso, 250 pesetas; pero á *La Época* no hay que agradecerle más que esa observación justísima y *aviso á los vivos*. «Nougés murió pobre, porque descuidó los intereses prosaicos;» no fué consejero de ferrocarriles, ni supo lo que era un *infundio*, ni siquiera se reselló. En fin, él se lo tiene merecido. ¿Qué hizo en este mundo por los intereses materiales, que nos son tan precisos, como dice *La Época*, pues por otro nombre se llaman el *pan de los hijos*? ¿Qué hizo por el pan de sus hijos Nougés? Nada; trabajar á la luz de un quinqué hasta quedarse ciego, tener talento, repartirlo en letras de molde, propagar la idea de la libertad., y morir á oscuras y sin un cuarto... y sin libertad. Todo eso no equivale á lo que es capaz de hacer *La Época* en un solo día.

Por ejemplo, el día que salió de luto, como la dueña Quintañoa, y nos habló de su dolor, que, á creerla á ella, era el *dolor de los dolores*. Eso es ser romántico... y de camino cuidar de los intereses prosaicos y materiales.

Compárese á Nougés, no ya con *La Época*, que es un genio y casi casi una institución, compáresele con Peris Mencheta, y se verá la diferencia que va de un hombre que se queda ciego trabajando á luz de un quin-

qué... la diferencia que va de ese hombre, digo... al inmenso dolor, al inefable dolor que sabe sentir un buen monárquico en momentos oportunos.

—
¡Oh! ¡Quién fuera Bossuet..., mezclado con un poco de Juvenal!



CRÍTICOS ANÓNIMOS

CON esto de ser pobres la mayor parte de las empresas de los periódicos, se va poniendo intransitable la *sección literaria* de casi todos los papeles públicos.

No hay dinero para pagar á los literatos, y se entrega la literatura á los aficionados. La crítica es la que más padece con esta penuria. Estamos condenados á crítica *embolada* para mucho tiempo.

Antes criticaba Balart; ahora no hay quien pueda pagarle, y critica un señor que firma X, ó Fulano, ó Cualquiera, ó Yo, ó con el nombre vuelto como un calcetín, ó *Un lector*.

Esto de *Un lector*, dicho así ó de otro modo, es lo que más me irrita.

La muletilla es esta: «aunque no pretendo ser crítico,» ó lo que es lo mismo, «aunque no tengo la pretensión de ser Aristarco,» ó si no: «no vamos á escribir un *juicio crítico*, vamos á reflejar sobre el papel las impresiones de una lectura rápida, etc., etc.»

Pues si usted no es Aristarco, ni crítico, *ni chicha ni limoná*, ¿quién le mete en camisa de once varas?

¿Desde cuándo el oficio del lector, del *mero lector*, como dice alguno de estos censores, consiste en juzgar públicamente las obras de arte?

¿Por qué han de querer ustedes tener autoridad ni ser lefdos siquiera?—El lector es el que lee y se calla; lo dice ello mismo. ¿Llamarían ustedes oidor al relator, ni abogado al testigo? ¿Qué quiere decir eso de que un lector, á quien los escritores suponen siempre benévolo y hasta *pto*, se suba á la parra y comience á vociferar desde la tercera plana de un periódico, por el fútil pretexto de que es suscriptor y busca más suscriptores, y tal vez el director le debe dinero? Que se lo pague. Pero que el lector deje en paz al público. Figúrese que los demás lectores, que tienen igual derecho, hicieran lo que él y mandaran á la prensa su opinión. ¿Dónde ibamos á parar! Sería cosa de que el novelista, v. gr., anduviera de casa en casa tomándole la medida al gusto de cada cual, para que después no saliesen diciendo en los periódicos que *se las habian sacado apretadas* ó que *le ventan muy anchas*, aludiendo á las novelas, y no á las botas, como parecía colegirse del contexto.

Por ese camino de los *críticos-lectores* va á llegar el día en que la crítica sea una cosa por el estilo:

«Señor autor: he comprado un libro de usted, ó si no lo he comprado, se lo he pedido prestado á mi primo Sebastián, y es lo mismo. No vale las tres pesetas que

cuesta. Es usted un *carero*. Eso es un *ladronizo*. Ya podría usted rebajar dos reales, porque el final, francamente, es poco verosímil. ¿Dónde se ha visto que una suegra se envenene? ¿Si fuera envenenar á los demás! No es usted nada interesante. En ese libro todos mueren en la cama. ¡Vaya una vulgaridad! ¿Y por eso pide usted tres pesetas? En la cama pienso morirme yo sin pedir nada á nadie. Además, no me gusta usted, porque es usted demasiado verde. Y además porque me han dicho que es usted demasiado rubio, y no me gustan los rubios. No vaya usted á creer que me las echo de crítica. ¡Valientes cursis son los críticos! No soy más que una señora viuda de un literato de verdad, de cuando los había. Mi marido escribía también para fuera; pero era mucho más *salao* que usted, ¡ya lo creo! mucho más. Y moreno. Y repito que yo no soy crítica. No hablo más que por impresiones. Y, en fin, porque estas son cosas de gusto. Vaya, con que rebaje usted esos dos reales, y mandar. Suya: Una lectora impresionable.»

Segundo modelo:

Señor autor: ¿y usted se llama liberal? ¡Qué ha de ser usted liberal, hombre! Lo habrá usted sido, pero ahora ¡quía! Lo que es usted, es un pastelero; carta canta; en su novela, fecha de Octubre último, ataca usted al clero, y en eso obra usted como un santo; pero después se burla de un librepensador, y esto no está bien. Eso es poner una vela al diablo y otra á San Miguel, y querer co-

mer con todos. Además, usa usted unos terminachos que no los entiende el pueblo, el verdadero pueblo, el que suda y trabaja y no entiende esas cosas. Conque ¡valiente demócrata será usted! ¡Como no sea! No crea usted que yo me las echo de erudito, ni de literato; no señor, ni ganas; no soy más que un liberal muy consecuente; pero en uso de mi derecho de manifestación pacífica, le manifiesto á usted que su libro es una indignidad.—Un buen liberal.»

No se ha llegado todavía á tal extremo; pero ya se anda muy cerca.

Sus motivos suele tener ese *Un lector*, ó *X*, ó *Nadie*, *Uno de tantos*, para escribir su correspondiente crítica. El principal es la vanidad, que se sacia viéndose en letras de molde.

Este motivo suele ir unido á cualquiera de estos otros dos: Primero, el deseo de la venganza. El autor ha llamado bruto al *lector*, por ejemplo, y el *lector se erige* en crítico para que el autor se las pague todas juntas.

Segundo, el afán de la lisonja; el lector le debe al autor un bombo, ó una butaca *de tifus*, ó una merluza, ó una manteca fresca, cualquier cosa; ó tiene que pedirle un favor, ó un duro (que es un duro y un favor), y le quiere pagar con alabanzas impresas el beneficio recibido ó el sablazo preparado.

Del primero de estos dos casos, el de la venganza, puedo presentar un ejemplo que me ha hecho mucha gracia.

Anda por el mundo, generalmente por las oficinas, un señor que se llama D. Jesús Pando y Valle, literato como él solo, poeta en épocas de cesantía, miembro de todas las comisiones habidas y por haber. El tal D. Jesús me quiere á mí mal, tal vez porque algún día dije en algún periódico lo que ahora repito; y digo tal vez, porque en Dios y en mi ánima, como dicen los clásicos baratos, no me acuerdo de haber escrito el nombre del Sr. Pando antes de ahora. Pues ¿qué hace el señor Pando y Valle para vengarse de las perrerías que acaso yo habré dicho de su ubicuidad *comisionera*? ¡Ahí es nada! Según me aseguran (porque tampoco esto lo sé de fijo), ponerme como chupa de dómine con motivo de cierto libro mío, en un periódico. ¿Y en qué periódico dirán ustedes? Según mis noticias, en uno que creo que se llama *El Consultor de los Ayuntamientos y Boletín de Pósitos*.

Perdonen los Pósitos si los calumnio sin querer, pero esto me han asegurado. ¡Ya ven ustedes si hay críticos que saben aprovechar las ocasiones! ¿Quién ha metido á Pando á decir si un libro es malo ó bueno? Él; se ha metido él sin necesidad de que se lo mandaran. Para ser crítico le bastaba la *gana que me tentó*. ¡Lástima que la oscuridad de su nombre y el no saber de la misa la media, le haya impedido recurrir á *La Época*, que es algo más literaria que el *Boletín de Pósitos* debe de ser, y no me quiere mejor que el Sr. Pando!

El cual, si todo esto es puro cuento, habrá de dispen-

sar; á mí me lo han dicho, y lo repito porque creo que tiene gracia y que sirve para mi asunto como ejemplo de mucha fuerza.

Si no es verdad, retiro todo lo escrito, menos lo de que el Sr. Pando se mete en todas las comisiones del mundo y hace más ruido que perro con maza, y todavía no ha hecho una nuez en su vida.

Esto no lo retiro, porque lo sé yo sin necesidad de que me lo cuenten.

El D. Jesús siempre anda oliendo dónde guisan comisiones. Esto es una verdad adquirida definitivamente para la historia.

Y el acordarme yo de él, pura casualidad.

Pues bueno: este y otros ejemplos prueban que eso de escribir quien quiere, y sin más atractivo que el de trabajar de balde, hace imposible la crítica: la transforma en sección de anuncios ó en sección de anónimos.

Callen para siempre esos *Lectores*, y conténtese con leer... si saben.



NUMA ROUMESTAN

DE ALFONSO DAUDET

No es, en rigor, trabajo por completo ajeno á la crítica de la literatura nacional el que tiene por objeto examinar las obras importantes que publican los escritores franceses. La influencia de las letras francesas en las españolas es tan grande, que suele servir de tema á los académicos catecúmenos para probar su patriotismo literario protestando enérgicamente, y no sin algún galicismo, de este pernicioso influjo, que, según los seudoclásicos, nos trae, con la corrupción de las costumbres, la corrupción de las leyes, y otra porción de cosas podridas. Digan estos señores lo que quieran, la relación de intimidad entre las literaturas francesa y española obedece á causas invariables que la sociología, como ya empieza á decirse, puede explicar perfectamente. No es mi objeto hoy tratar este punto, sino decir únicamente que las producciones de los ingenios franceses contemporáneos son un elemen-